

Vejez y Cuarentena

El psicólogo eriksoniano español Javier Garrido, formuló una pregunta con la cual quiso expresar la compleja relación entre la finitud y la infinitud en la vejez: ¿Qué es envejecer: ser cada vez más o saber ser cada vez menos? Podríamos plantear el dilema de otras formas: ¿Envejecer es realizarse o irse despidiendo? ¿Mientras más cerca de la muerte, más realizados estamos? ¿En la vejez alcanzamos la realización de nuestros proyectos o debemos renunciar incluso a nuestra salud y bienestar?

Estas preguntas no contienen una ambivalencia que pueda ser resuelta optando por uno de los dos polos en conflicto, sino más bien un oxímoron que dinamiza la vida en el riesgo de su contrario. En efecto, cuando he hecho la pregunta a los adultos mayores con quienes hemos trabajado en los últimos veinte años, la respuesta ha sido la misma: ambas cosas, envejecer es ser más y al mismo tiempo saber ser menos. Conciencia de autoestima y lucidez de la propia limitación.

David Elkind, distingue la perspectiva temporal en los jóvenes: extensa y poco profunda, de la perspectiva temporal de los mayores: breve y profunda. Los jóvenes tienen mucho por vivir y no temen equivocarse, mientras que los viejos, en especial aquellos que son sabios, tienen poco por vivir y desde su sensatez no quieren equivocarse, pues no alcanzarían a reparar sus errores. Como puede inferirse, las decisiones que toman los jóvenes movidos por sus auténticas inquietudes vitales resultan ser muy diferentes de las que toman los ancianos, desde sus preocupaciones existenciales legítimas.

Estos dos ángulos, el del oxímoron y el de la facticidad temporal, nos ayudarán a iniciar un ejercicio de comprensión de la realidad que viven los adultos mayores en la Colombia de la actual cuarentena.

En estos días he recordado un libro de la psicoanalista Allice Miller, en el cual describe las dinámicas psicológicas que ocurren en quienes maltratan a sus hijos, con el pretexto de que lo hacen por su propio bien. Me he preguntado, a la luz de este libro, y quiero preguntar a ustedes si, hoy, no es precisamente eso lo que estamos haciendo como sociedad con nuestros viejos: algunos viejos han sido acogidos amorosamente en el seno de sus familias, pero a otros, aun sin saber cuántos, los confinamos, los aislamos, y muchas veces, no solo los encerramos sino que los abandonamos, para luego justificarnos diciendo que lo hacemos por su propio bien porque son más vulnerables y además que estamos obedeciendo órdenes del gobierno. El viejo deja así de ser sujeto de su propio proyecto histórico concreto, y entonces se convierte en objeto de decisiones ajenas, es enajenado.

Quizá hoy no decimos “por tu propio bien”, pero argumentamos que debemos asegurar la calidad de vida de nuestros mayores, sin detenernos a examinar con cuidado qué entendemos por calidad y de cual vida estamos hablando. Conviene recordar, como el Centro de Psicología Gerontológica – CEPSIGER -, ha sostenido reiteradas veces, que la calidad de la vida en la adultez mayor tiene que ver principalmente con la autonomía decisoria.

Ya vimos que, para la generalidad de los adultos mayores, vivir y morir son momentos correlativos que se aceptan tal como vienen, es decir como manifestaciones de la dinámica entre la finitud y la infinitud. Pero para los jóvenes vivir es ser cada vez más, no saber ser cada vez menos, y con esta

lente puesta, los jóvenes pueden ver otras prioridades para sí mismos y para los viejos, así como pueden discernir de modo diferente las decisiones que se deben tomar respecto de la pandemia, juzgando desde la altura de la perspectiva temporal futura superficial y extensa, sin considerar la profundidad y brevedad de la facticidad temporal de los ancianos.

El pensamiento de los jóvenes parece ser libre de contexto: lógico, consistente, hipotético-deductivo, pero el de los mayores es sensible al contexto: muestra contradicciones, admite conflictos (Labouvie-Vief). Es más, parece ser que la sabiduría tiene que ver precisamente con esa sensibilidad al contexto, pues los viejos pueden sacar el sabor a la vida, más allá de buscar el mero saber. Ellos pueden comprender a los más jóvenes porque alguna vez sintieron, pensaron y decidieron como ellos, pero difícilmente los jóvenes pueden alcanzar la sabiduría de la ancianidad.

En el Énfasis en Inclusión Narrativa, para entrevistar personas mayores, acostumbramos prepararnos desarrollando las competencias de la Escucha Activa, entre las cuales quiero destacar una: conservar la distancia adecuada. No se trata solamente de mantener la distancia física durante la entrevista, la postura corporal que resuena respetuosamente, sino de ubicarnos apropiadamente en el espacio psicológico, de modo que no estemos tan cerca del otro que nos confundamos con él y suframos de la misma manera aquella problemática que nos cuenta, pero tampoco tan lejos que seamos fríos y distantes. Es un arte esto de alcanzar la distancia que nos permite ser empáticos con el otro. Solo así podremos descentrarnos para alcanzar comprensión de la vida del anciano, de sus motivos y razones, incluso desde la altura de nuestros años, cualquiera que estos sean. Solo así podremos comprender en toda su dimensión, los porqués del viejo frente a la cuarentena: “Déjenme vivir” parecen querer decir desde su obligado encierro.

La semana pasada hablé por celular con un hombre mayor, líder de su grupo de adultos mayores, quien me actualizó respecto de los acontecimientos en la comunidad. Muy aburridos en sus casas, los ancianos organizaron un paseo a pie, a uno de los cerros tutelares de la Sabana de Bogotá. Fueron todos, incluso uno de ellos diagnosticado como oxígeno dependiente, quien por supuesto no llevó al paseo la bala de oxígeno. Todos sabemos de la altura y pendiente de los cerros que rodean la capital. Ellos disfrutaron de la caminata, de su compañía, de la naturaleza, de la conmovedora vista de la Sabana, del nevado y del horizonte lejano, del olor a eucalipto y a pino. Regresaron satisfechos, tonificados, contentos, unidos. Para despedirnos, mi amigo me invitó al próximo paseo.

¿Arriesgaron innecesariamente su salud? ¿Habrían podido contagiarse con el Corona Virus y además transmitirlo a sus conocidos al llegar? ¿Qué habría pasado si alguien denuncia esta iniciativa? ¿Qué si alguno hubiera muerto durante el recorrido? ¿A los ojos de quién y desde qué criterios este paseo habría sido considerado ilegal? ¿Si fuese ilegal, sería injusto? ¿No valió la pena el riesgo, el vértigo de la aventura, para sentirse vivos? ¿No pusieron en entredicho el precio de cuidarse encerrados contrastándolo con el valor de cuidarse en libertad? ¿Si no hubiera pandemia, sería legítimo entonces que cualquier anciano alegara que es mejor no salir de la casa porque hay tantos riesgos? ¿Es válido que los mayores afirmen que, si les llega la muerte, siempre será mejor que los coja viviendo?

Nuevamente un oxímoron hace presencia idiosincrásica en nuestras vidas, con resonancias en todo lo que hacemos para afrontarlo: amo a mis viejos, pero son mayores que yo y solo ellos pueden decidir qué hacer con sus vidas. Amo a mis viejos, pero ellos no pueden decidir ya con

lucidez. Amo a mis viejos, pero ellos deben vivir en su espacio y en su tiempo. Amo a mis viejos y quiero protegerlos, pero no puedo impedir que vivan su vida. Amo a mis viejos, pero debo reconocer que se han vuelto dependientes de mí. Amo a mis viejos, pero no puedo permitir que pongan en riesgo a nuestros hijos. Amo a mis viejos, pero se que van a morir y que su muerte y su morir depende más de ellos que de mí.

Daniel Samper Pizano, titula “La jaula de los abuelos” su última columna sobre la vejez. Allí hace el recuento de algunas decisiones gubernamentales que han sido tomadas por el presidente y su equipo “con amor admirable” desde el 17 de marzo hasta hoy, desde cuando ordenó “proteger a los abuelos”, y en cuyo seguimiento los adultos mayores de 70 años tendrían que permanecer en sus hogares “enjaulados por decreto”. La ironía de las expresiones de Samper, aquí entre comillas, evidencia que él, como nosotros, hacemos una lectura crítica del lenguaje que en ocasiones se utiliza para referirse a las personas mayores, al cual ya nos hemos referido en otros momentos como infantilizador y empobrecedor.

Comenta el periodista que, luego de esa fecha, abundaron las medidas complementarias acerca del género, el tiempo para el ejercicio físico, el pico y cédula, las salidas de los perros dos veces al día, etc. El autor, a sus 74 años, dice que él se pide ser perro en la próxima plaga, añorando el trato especial que reciben los animales.

Notemos cómo nos encontramos frente a una ontología y a una epistemología, en este caso del envejecimiento y la vejez, pero también de la vida, del desarrollo, imbuidas por la lógica de la administración total, una lógica objetivista que legitima la heteronomía moral como obediencia debida, frente a la cual los viejos, en el ejercicio de su sujetualidad, claman con todo derecho, como lo han hecho muchas veces ya, al considerar que nada sobre ellos se debe decidir sin ellos, o como ha ocurrido con la pandemia cuando afirman, irónicos, que agradecen que otros pretendan cuidarlos, pero que mejor, de verdad, así no los quieran. Ellos sienten en carne propia que los están incluyendo, en procesos de exclusión, es decir que sí hay inclusión pero que esta es excluyente. Muchos desean, hondamente, vivir la desobediencia civil y contar con la solidaridad amplia de otras generaciones.

Imaginemos un continuo en uno de cuyos extremos está un adulto mayor dependiente, al cual hay que hacerle todo: limpiarlo, alimentarlo, bañarlo, vestirlo, cuidarlo. En el otro extremo está un adulto mayor autónomo, que realiza por si solo las tareas que requiere la vida: decide, administra sus recursos, etc. En el centro del continuo hay personas con diversos grados de autogestión y dependencia. Pueden suponer que si no damos asistencia al adulto mayor dependiente lo estamos abandonando, y por ello seríamos negligentes. Pero si, por el contrario, asistimos al adulto mayor autónomo, que no requiere de nuestro concurso, seríamos asistencialistas. Ambas son formas de maltrato, por defecto o por exceso.

Robert Bolles describe la vida como tres cajas sucesivas: preparación, producción y retiro. Nos preparamos para producir y eso nos hace importantes; producimos y eso nos hace más que importantes, necesarios; luego nos retiramos y eso nos hace prescindibles, desechables. En la sociedad neoliberal, llegada la vejez, se nos degrada de mariposa a oruga, preciso en el momento en el cual vivimos la metamorfosis definitiva. Se nos trata como a tutelados, como a interdictos que no podemos decidir ni obrar deliberadamente. Se nos trata como a niños, con diminutivos: el

viejito, la abuelita, la ancianita. Con razón Gail Sheehy se preguntaba: ¿Hay vida después de la juventud?

Podemos colocar al sentido de la vida como criterio de la calidad de la vida: una buena vida será aquella que persiga sus fines y los alcance, al menos parcialmente. Una vida organizada alrededor de la producción - y no de la realización humana - no puede ver más allá de sus propias narices. En el primer caso, cuando llegue la muerte, cuando suceda, se sentirá como el final anhelado de toda una vida de búsquedas y esfuerzos, o, en el segundo, quizá como la única salida que quedó, muy poco digna, del encierro.

Así pues, con cada adulto mayor es preciso conocer sus características idiosincrásicas, y, por tanto, tomar con cualquier intención, incluso buena, una decisión uniforme que cubra a “todos” los adultos mayores, no solo desconoce las particularidades, igualando a los mayores como si todos fuesen dependientes, sino que, en especial, niega las condiciones de posibilidad para que las personas mayores autónomas puedan ejercer su autonomía.

Entre nosotros ha hecho escuela una mirada deficitaria del envejecimiento, que sirve para legitimar decisiones que roban la autoestima y la autonomía a los mayores, y justifican acciones asistencialistas, infantilizadoras, que empobrecen a los viejos y les hacen dependientes. Tras las decisiones que han caracterizado el manejo de esta cuarentena hay, sin duda, un modelo deficitario del envejecimiento y la vejez, según el cual envejecer es sinónimo de deterioro, enfermedad, decrepitud y muerte.

Para nada se consideró, al decidir las medidas públicas del confinamiento, la voluntad de los viejos, lo que ellos querían hacer frente a la pandemia, así como tampoco la presencia en la comunidad de adultos mayores sanos, activos, productivos, que participan en la vida comunitaria, que deciden autónomamente, que emprenden, que gestionan su agenda, que cultivan sus lazos afectivos, que disfrutan su erotismo. ¿Por qué estos no son criterios también para que el gobierno decida?

El modelo deficitario obra a través de estereotipos y creencias invisibles pero potentes que igualan las percepciones y las personas y legitiman las decisiones, aunque algunas sean arbitrarias y desproporcionadas, aunque algunas arrasen con los derechos de los viejos. Nos corresponde un enorme trabajo de resignificación de los prejuicios que se esconden detrás de la cotidianeidad: develarlos, cuestionarlos, transformarlos en inclusión.

El Padre Francisco de Roux, ayer por Webinar, refrendó una frase suya que tiene algunos años: “El miedo a morir se va cuando tenemos un proyecto”. Los viejos que no tienen miedo a morir tienen proyectos: personales, de pareja, de familia, colectivos, de nación, y quieren realizarlos, quieren que en ello se les vaya la vida, la que tienen, poca o mucha. No quieren encerrarse a ver pasar la vida. ¿Con qué derecho, otros, quieren aplazar su muerte alejándolos de sus proyectos, quitándoles el por qué para vivir? Con su por qué, ellos soportarían cualquier cómo, diría Nietzsche.

Daniel Samper Pizano va finalizando su escrito con la sabiduría propia de la ancianidad, cuando dice, en frase lapidaria: “Prefiero menos vida con más vida que más vida con menos vida.” ¿Qué derecho constitucional asiste al gobierno cuando, para defender la vida, honra y bienes de unos

ciudadanos, soslaya la vida, honra y bienes de otros, por ejemplo, cuando sus decisiones desconocen derechos tan fundamentales como el derecho a morir dignamente?

Sergio Trujillo García - Mayo 14 de 2020

Facultad de Psicología

Pontificia Universidad Javeriana